

cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo Don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? reír ó rabiár: no hay otra alternativa.... Pues yo mas quiero reír que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor Don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios: el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional: el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que.... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

DON SERAPIO. DON HERMÓGENES. DON PEDRO.
DON ANTONIO. PIPÍ.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho. Corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan Don Antonio y Don Pedro.)

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¿Por vida del hombre! *(Pipí va detrás de Don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.)*

¿Por qué no mira usted?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por

ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

¿Pero qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. DON ELEUTERIO. DON HERMÓGENES. DON SERAPIO. DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

Sí: es mucho mejor hacer lo que dice Don Serapio.

(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por Don Eleuterio y Don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

D. SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí, en tu cama podrá descansar esta señora....

PIPÍ.

¿Qué! si está en un camaranchon que....

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¿La cama! la cama es un jergon de arpilleras y....

D. SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

D. ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si ustedes....

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

¡Ya se ve! el lance no era para menos.

D. ANTONIO.

¿Pero se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que.... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque.... ¡Pícarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí había una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro.... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre: el muchacho decia: madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancer-

bero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo.... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!.... Pues, señor, como digo: salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya ostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta: suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que.... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante: entrar en el palco, y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡en lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo, que era imposible que....

(Siéntase junto á Doña Agustina.)

D. ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo Don Hermógenes: usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores.... Tome usted (*Saca la comedia, y se la da á Don Hermógenes.*): léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo Don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama: (*Deja la comedia sobre una mesa. Pipi la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y....

D. ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted asi?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presen-

cia al alivio de ustedes, no me moveria de aqui, pero....

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos....

D. ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fue para animarle.

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentára persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, Don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero, que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero....

D. PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A Don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que....

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y Don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás.... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A Don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

D. HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito in-

fausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque como dice Platon y el Abate Lampillas.

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para exponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía. ¿Por qué no le anima á usted el egemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir: vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir. ¡Oh almas grandes, para quienes los chillidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez.

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé como (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia Don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él. Váyase usted.

D. HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

D. ELEUTERIO.

¡Picaron!

D. HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!